

Manual de Lactancia Postcapitalista

—¿Has terminado ya, Eira? —la voz de Finn atravesó la habitación.

—No. Esto no es automático. Necesito tiempo —respondí, sin fuerzas.

—Cada segundo que pierdes amamantando es dinero que se va. Para ti y para mí. Apúrate. Está anocheciendo.

La puerta se cerró de golpe antes de que pudiera contestar.

Nada odio más que este trabajo y este bloque húmedo de viviendas sociales de Birmingham en el que duermo todas las noches.

—Este trabajo apesta —dijo una de mis compañeras, la voz cargada de cansancio.

Todas estábamos hartas.

No elegimos ser nodrizas públicas; fue el destino el que nos eligió a nosotras.

—Maldito el día en que esos putos microplásticos llegaron a los pechos de las demás. Toda la responsabilidad cae en nosotras. Toda la culpa —soltó cruelmente Ellie, una de mis compañeras, mientras ajustaba el cierre de su vestido con un gesto indiferente.

—No es así cómo imaginé el futuro.

Han pasado casi diez años desde que crucé por primera vez las puertas esterilizadas de NestHeaven. Tenía veintitrés entonces, los pezones intactos, la espalda recta. Desde entonces, he dado de mamar a más de cien hijos ajenos, sellada en módulos de oxígeno, con el cuerpo calibrado al mililitro. No queda comida sin plástico.

Cuando el mar se tragó la zona baja de Birmingham, los bloques sociales se convirtieron en islas húmedas, y nos volvimos pescadoras por necesidad. Buscamos peces no por su carne, sino por sus entrañas limpias, por la promesa de un alimento que no envenene la leche. A veces, atrapamos cosas que no deberían nadar. Y aun así, seguimos. Porque las nodrizas públicas no pueden tener hambre.

Llegué esa noche tan agotada que apenas podía sostener abiertos los párpados de mis ojos. Mi hija de cuatro años, Nixie, se acurrucaba bajo la manta raída sujetando un libro plastificado que yo no recordaba haberle dado. El lomo decía Cuentos sin electricidad. Lo abrí por una página cualquiera.

—Cariño, voy a leerte un cuento para que puedas dormir mejor.

— Vale, mami.

Ella asintió sin mirarme, con el tic del ojo izquierdo temblando suave.

Leía en voz baja. Una historia sobre una niña que crecía entre árboles, sin saber que eran torres eléctricas oxidadas. Nixie escuchaba con atención irregular. A ratos se iba, a ratos volvía. Cuando llegué a la parte donde la niña encuentra un nido, golpearon la puerta.

Abrí la puerta enseguida. Creí que era una vecina buscando algo perdido. Entonces me encontré de frente como el inspector de NestHeaven™. Vestía el traje gris sin costuras, con el logo bordado a la altura del pecho como si fuera una herida fresca. No sé atrevió a cruzar la puerta. Solo extendió una tableta opaca, sin mirarme.

—Nivel de producción por debajo del umbral. Tercer aviso. Requiere revisión inmediata —dijo, sin mirarme siquiera.

—¿Cuándo? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Ahora.

No tuve tiempo de cerrar la puerta. Subió a su Water Taxi y se perdió entre la niebla, dejando tras de sí sólo el zumbido del motor.

—¿Te van a llevar?

No contesté. Entonces me rodeó el cuello con sus brazos delgados. Su abrazo fue torpe, desesperado, como si temiera romperme.

—No quiero que te vayas —murmuró, y luego otra vez—. No quiero que te vayas. No quiero que te vayas.

Me acosté tarde, dándole vueltas a lo mismo. El cuerpo ya no me respondía como antes, y el miedo —ese viejo conocido— se instaló en la base de la nuca. Temía perder el único trabajo que había tenido. Entonces, el móvil vibró.

“Sueldo ajustado a rendimiento. Categoría C. Ración de alimentos sintéticos suspendida.”

—Mierda.

Ya no podía permitirme la leche sintética de Nixie. Ni el pan de algas. Ni siquiera las pastillas de proteína seca que sabían a cartón mojado.

Al día siguiente intenté distraerla, como siempre, con el juego de las ratas del conducto. Ella les ponía nombres: la de la oreja rota era Lady Bichosa, el que cojeaba, Príncipe Tullido. Yo fingía reír.

—Mamá... si te sobra leche... ¿me puedo tomar un poco? —preguntó de golpe, con la misma naturalidad con la que me pide un cuento.

Me atraganté.

—No sobra nada, Nix. Lo sabes.

Hizo un mohín, pero no insistió.

Esa noche tiritaba tanto que me metí en la cama con ella, como cuando era más pequeña. La arropé con el cuerpo. Sentí sus labios acercarse, tantear, torpes, mi pecho. No me moví. No dije nada. Cerré los ojos. La dejé hacer.

A la mañana siguiente, me presenté en NestHeaven™ como si todo siguiera igual. Caminé entre la niebla ácida con la cara descubierta. El escozor se metía bajo la piel como una advertencia sorda, pero ya estaba acostumbrada. Hace años que no nieva de verdad. Hace meses que no veo el sol entero, solo un disco pálido detrás del humo.

Pasé las puertas esterilizadas. El aire interior olía a ozono y metal. Saludé con un leve movimiento de cabeza a los guardias del escáner. Nadie respondió. Nadie lo hacía nunca.

Finn estaba al fondo del pasillo, rígido, con los brazos cruzados como si su columna fuera parte del edificio.

—Justo a tiempo —dijo sin disimular su fastidio—. Módulo cuatro. Pero antes, revisión médica.

—¿Otra vez?

—Alerta biológica —soltó como si no fuera con él, señalando el escáner de pared con un gesto vago—. Niveles hormonales fuera de rango. Prolactina alta.

—¿Y eso qué significa?

Me miró de lado, como si evaluara cuánto podía decir sin meterse en líos.

—Como si... hubieras estado produciendo fuera de los protocolos —murmuró. Luego se encogió de hombros—. Tú haz lo que te dicen. Cuanto antes te limpien, antes produces

Fui hacia la sala médica con las piernas dormidas, como si cada paso pesara el doble. Una técnica me esperaba en la camilla, enfundada en guantes hasta el codo y con una tablet translúcida entre las manos.

—Eira Whitemore, treinta y tres. Producción media: ochocientos veinte mililitros diarios, última semana. Alteración en densidad. Composición atípica —leyó en voz plana, casi robótica.

Asentí, tratando de mantener la calma y ocultar mi nerviosismo.

—Debes saber —añadió mientras deslizaba el lector sobre mi pecho— que cualquier extracción no registrada se considera una desviación grave. En concreto, robo biológico, según protocolo.

Sí, robé. Para mi hija. Y lo volvería a hacer.

El escáner emitió un pitido corto. Un sonido discreto, pero inconfundible.

—Estás reteniendo. O algo está alterando tu patrón habitual.

—Estrés —dije—. Llevo semanas sin dormir bien. Los purificadores de mi edificio están averiados desde hace tiempo.

No respondió. Entonces, mire hacia la ventana, evitando el contacto visual. Desde la ventana hermética, el mundo seguía seco y gris. Ni un ave, ni un insecto.

El planeta se pudre por dentro —pensé— pero lo urgente es mi leche.

Me vestí de nuevo sin que nadie me diera la orden. Crucé el pasillo, ya sin ganas de fingir prisa. Apreté los dientes. Entré al módulo.

Dentro me esperaba un bebé que no era mío y una cápsula de oxígeno encendida.

Cuando entré me encontré con una sorpresa. La primera vez que la vi pensé que era nueva. Otra contratada temporal, de esas que duran dos semanas y desaparecen. Llevaba un mono blanco impoluto, más ajustado que el nuestro, y una sonrisa neutra, de catálogo. Me esperaba junto a la entrada del módulo, con los brazos cruzados.

—Buenos días, señorita Whitemore —dijo, con una falsa sonrisa—. Soy Lya, tu compañera de apoyo para el bienestar productivo.

No supe qué decir. No me habían notificado nada.

—¿De parte de quién?

—De NestHeaven, por supuesto. Una medida preventiva ante tu reciente inestabilidad hormonal.

Dijo “inestabilidad” como si nombrara un dato cualquiera, como si habláramos del clima o del pH del aire.

—No he solicitado apoyo.

—No hace falta. El sistema es proactivo.

La palabra “proactivo” me repugnó tanto como los peces con microplásticos.

Intenté mantener el paso mientras caminábamos juntas por el pasillo que lleva al área de calibración. Ella hablaba sola, como quien sigue un guion. Su voz era templada, sin acento, diseñada para no molestar.

Cuando llegamos al vestuario, las otras nodrizas ya estaban allí. Nos miraron brevemente. Luego bajaron la vista. Yo busqué la de Amaia, la más veterana. Ni un gesto. Nada.

Me senté frente a mi taquilla. Lya se acomodó a mi lado, sin abrir una, sin cambiarse.

—¿No te vas a preparar?

—Estoy para ti, no para el módulo. Mi función es observar, acompañar y reportar desviaciones. Lo ideal es que no notes que estoy aquí.

— Que oportuno —pensé al instante.

—Un poco tarde para eso —finalmente respondí.

Me miró. Por primera vez, algo se movió en su cara: una sombra de ironía, tal vez.

—La mayoría se acostumbra —dijo.

El Water Bus se mecía con lentitud mientras el humo gris del atardecer se pegaba a mis pulmones como una venda. Miré las aguas negras que reflejaban los últimos jirones de luz y pensé en cómo todo había cambiado desde que el mar engulló la zona baja de Birmingham.

—Otra noche igual —murmuré, sin ganas.

Cuando llegué al bloque, la televisión en el pasillo chisporroteó, escupió ruido y se apagó. Nixie estaba en el suelo, con las piernas cruzadas, mirando la pantalla muerta como si fuera un juguete roto.

—¿No iban a mostrar árboles por la tele, mamá? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Sí —respondí, intentando que mi voz sonara firme—. Pero se fue la señal.

Ella frunció el ceño, algo raro en una niña acostumbrada a dar por sentado lo que no podía tener.

—Dijeron que era una cúpula verde. Que allí no hay mascarillas y que los niños corren libres.

Me arrodillé a su lado y la miré. Sus ojos tenían ese brillo que se apaga con cada mentira.

—La cúpula está lejos. Y no es para todos.

—¿Por qué no para nosotros?

No le dije la verdad. No le conté que la cúpula está cercada por drones y sensores de CO₂, que hay lista de espera de diez años para poner un pie dentro. Que es un decorado para turistas y accionistas. Que las nodrizas públicas no estamos invitadas.

Esa misma noche, la tormenta química golpeó. Los purificadores de aire del bloque dejaron de funcionar. El sistema colapsó y la atmósfera se volvió irrespirable.

Afuera, las alarmas del bloque chillaron con un zumbido áspero. “Fallo en la purificación atmosférica. Eviten exposición prolongada. Uso obligatorio de máscara nivel cuatro.”

—No me jodas...

Busqué la mascarilla en el cajón. Rota. La de Nixie tenía una grieta sobre el filtro. Improvisé con tela plastificada y cinta de sellado.

Minutos después, un mensaje de NestHeaven™ llegó a mi móvil:

“Residencia no apta. Debe trasladarse a instalaciones seguras. Alternativas: A) Ingreso inmediato en Ala de Residencia Productiva. B) Evaluación de custodia para menores a su cargo.”

La pantalla temblaba en mis manos.

—¿Qué dice, mami? —preguntó Nixie, restregándose los ojos.

La abracé más fuerte.

—Que quieren que vivamos donde trabajo. En los módulos.

—¿Y eso es malo?

—Sí.

—El contrato lo especifica —dijo Lya, al día siguiente, con tono dulce pero férreo—. El entorno debe estar controlado. Hay riesgos documentados. La empresa no puede permitirse una baja por exposición prolongada.

—No soy solo una teta con patas —espeté.

—No —sonrió—. Eres un activo biológico prioritario.

La miré.

—Sé lo que hiciste —dijo, sentándose despacio a mi lado—. Sé que le diste de tu leche a tu hija. Sé que la amamantaste.

—¿Qué quieres?

—Nada... por ahora. Solo cooperación. Y que no causes más anomalías en el sistema.

Amaia me vio esa tarde, mientras limpiábamos un tubo obstruido de los sistemas de extracción.

—Te noto rara —murmuré.

—No es nada —respondí—. Solo... el agua sube más rápido cada mes.

Amaia se encogió de hombros.

—No quiero ver cómo desaparece todo.

El silencio se quedó colgado entre las dos.

—Hay algo más, ¿verdad? —dijo preocupada.

—Mi leche. Ha cambiado.

Amaia giró la cabeza despacio.

—¿Cómo?

—Brilla. Por la noche. Como si tuviera... fósforo. Y ayer, Nixie vomitó azul. No sé si es por eso.

Amaia palideció.

—No eres la única. Tienes que mantener la calma.

Lya apareció dos días después con un visitante: un hombre con traje de fibra vegetal y mascarilla de lujo. No dio su nombre. Observó mis gráficos de producción en silencio.

—Tu densidad lipídica ha aumentado. Tus niveles de casomorfina son casi el triple. Y hay compuestos no identificables.

—Pero, yo no he hecho nada —repliqué.

— Mutaciones biológicas. La exposición prolongada a microplásticos, alimentos sintéticos o nieblas tóxicas puede producir alteraciones físicas.

El hombre le habló a Lya en voz baja. Ella asintió, me lanzó una mirada extraña y se marcharon.

Horas después, me llegó una nota doblada en tres, oculta en el pañal reciclado de un lactante:

“Si quieres salvar a tu hija, ven esta noche al muelle 12. Pregunta por El Heredero.”

Me escabullí cuando las cámaras hacían su barrido ciego de las 2:05. Nixie dormía en la litera, abrazada a Lady Bichosa, su rata de trapo. La cubrí hasta el cuello y me fui.

En el muelle 12, un grupo esperaba bajo un toldo negro. Eran cinco hombres altos. Todos con trajes de buceo urbano, rostros cubiertos. Uno se acercó.

—Tienes algo que vale más que oro.

—No quiero vender mi cuerpo —dije de inmediato.

El hombre rió.

—Nadie quiere. Pero tú ya lo haces. Solo que por nada.

Se acercó más.

—Tu leche es pura. Rara. La élite la quiere. No solo para alimentar, sino para... probar. Hay rumores. Que cura. Que ilumina. Que droga.

—¿Y qué me ofrecen?

—Fuera. Protección. Medicinas. Un lugar donde tu hija pueda respirar sin filtros. Pero debes darlo todo a nosotros.

Lo pensé.

—¿Y si digo que no?

—Lya ya habló con ellos. La empresa te quiere vigilada. Pero no desperdiciada. Si aceptas con nosotros... tal vez la dejemos tranquila. Tal vez.

Al día siguiente, me presenté en el módulo como si nada. Lya me esperaba con su tablet en las manos.

—¿Te has decidido? —susurró.

—¿A qué?

—A ser útil.

—Más de lo que ya soy, no puedo ser.

—Oh, claro que sí —sonrió—. Todos mutamos, Eira. Solo es cuestión de tiempo.

Y luego, añadió:

—Por cierto, ya no estás en categoría C. Te han reasignado a S de *singularidad*.

La puerta se cerró tras ella con un clic seco. Me quedé sola, con la tablet aún caliente en mis manos, y el frío que no se iba del cuerpo.

Esa tarde, el contacto del muelle 12 apareció con una oferta que encajaba demasiado con esa nueva etiqueta.

—No es solo un cambio de categoría —me dijo con voz baja—. Es la libertad que cualquiera sueña tener. Pero hay condiciones.

—Condiciones —repito, dejando que la palabra caiga como un eco.

—Vas a producir para ellos, para la élite. Para quienes pueden pagar por leche sin tóxicos, sin adulterar. La tuya. La singular.

Tragué saliva. Todo el peso de la decisión que ya había tomado me aplastaba.

—¿Y Nixie? —pregunté sin ganas de escuchar la respuesta.

—Podrás sacarla de aquí. A un lugar donde respire. Piensalo, Eira. No tendrá que temer la niebla ni rezar porque arreglen los purificadores rotos.

Los días siguientes, mi leche cambió. Era más pura y tenía algo distinto: un brillo extraño que nunca había visto y que el laboratorio no supo clasificar.

—¿No te preocupa? —me preguntó Amaia mientras limpiábamos un tubo.

—¿Qué más me queda? —respondí—. Si esto es lo que necesito para sacarla de aquí, lo asumiré.

—Solo cuídate, Eira. No sabemos qué es la singularidad ni qué puede hacer.

La noche antes de partir, Lya vino a verme. Sin protocolos, sin vigilancia, como si fuera una persona.

—Has elegido —dijo—. No es lo que NestHeaven™ esperaba, pero lo aceptan.

—¿Por qué me ayudas? —pregunté, desconfiada.

—Es lo que me hubiera gustado que hicieran conmigo. Eres infeliz, Eira. —se sinceró —nunca serás completamente libre, pero al menos lo serás un poco más que ahora.

Me entregaron el traje, me encerraron en una cápsula hermética con Nixie. Mientras la cápsula ascendía, atravesando la niebla y el humo, me pregunté si esa “libertad” era solo otra jaula.

Pero entonces, apreté la mano de Nixie y supe que, imperfecta o no, era nuestra única opción.

FIN